

Josep Palàcios

Alfabeto Terminal

Traducción del catalán de Adrià Pujol Cruells

H&O Editorial



H&O



Diputació
de València

Àrea de
Cultura



institutió
alfons
el magnànim

La traducción de esta obra se ha beneficiado de una ayuda del Institut Ramon Llull.

Título original: *Alfabet Terminal*

Primera edición: mayo de 2025

© De los textos: herederos de Josep Palàcios, 2025

© De la traducción: Adrià Pujol Cruells, 2025

© Del prólogo: Salvador Ortells Miralles, 2025

© De la edición: H&O Editorial, 2025

www.ho-editorial.com

© 2025, de esta edición:

Institució Alfons el Magnànim

Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació

Diputació de València

Corona, 36 — 46003 València

Tel.: +34 963 883 169

magnanim@dival.es

www.alfonselmagnanim.net

Diseño e imagen de cubierta: Silvio García-Aguirre López-Gay

Maquetación: Carolina Hernández Terrazas

Corrección: Guillermo Pérez Ortiz

Impresión: Romanyà Valls

ISBN H&O Editorial: 978-84-129956-7-1

ISBN Alfons el Magnànim: 978-84-1156-087-0

Depósito legal: B 9424-2025

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

JOSEP PALÀCIOS,
LA SINGULARIDAD DE UNA VOZ INEXTINGUIBLE

Prólogo de Salvador Ortells Miralles

Escritor al margen de modas y circuitos comerciales y, por ello, oculto e inclasificable. Traductor minucioso —*ad sensum*, siempre *ad sensum*— de autores de la talla de Albert Camus y, aunque no publicado, del mismo *Pentateuco*. Editor y tipógrafo cuidadoso hasta en el más mínimo detalle: acérrimo defensor de que un buen libro debe ser, también, un libro bello, como reza uno de sus aforismos. Reticente, e incluso irónico, ante los elogios —él diría hiperbólicos— que inician esta nota introductoria, Josep Palàcios (Sueca, València, 1938-2025) pertenece a esa infrecuente suerte de escritores que constituyen, en sí mismo, no una obra literaria sino una literatura, una literatura a secas, sin apostillarla con tópicos que la limiten. Y puestos en la tesitura de adjudicarle alguno, quizá habría que recurrir a la tan ajada expresión del «escritor universal». En concreto, «escritor universal en catalán». Sea como fuere, más allá o acá de lugares comunes, no creo haber faltado a la verdad en estas líneas iniciales.

Tras un inicio fulgurante con la obtención, a la tempranísima edad de veinte años, del premio literario más codiciado del panorama literario valenciano de postguerra —el Premi València de Poesia— por el libro *Les quatre estacions* ('Las

cuatro estaciones'), Palàcios se adentró en un silencio creativo de más de dos décadas. En verdad, fueron años de formación y de estrecha colaboración literaria con Joan Fuster (Sueca, València, 1922-1992), uno de los intelectuales más influyentes de la literatura catalana del siglo pasado, del cual H&O Editorial publicó en 2022 la recopilación de aforismos *Consejos, proverbios e insolencias*. Fueron años, decía, dedicados a la traducción y la edición. Y a la lectura y relectura de sus escritores predilectos: Dostoievski, Tolstoi, Chéjov, Poe, Saint Simon, Valéry, Huxley, Mann... Bien mirado, fue un periodo de germinación silenciosa, sombría incluso, por contraposición a la luminosidad cegadora de quien publica con asiduidad, porque, como sentencia el mismo Palàcios en su extenso y desconcertante poema «Recitativo para todos los combates», las palabras latén con más fuerza en la fértil oscuridad.

Tuvieron que transcurrir, pues, veintitrés años para que nuestro escritor volviera a entregar un libro suyo a imprenta, el poema moral *Devastación de Ticromart*. Corría el año 1981 —o el año 43 de la Era Definitiva, según la propia cronología de Palàcios— cuando se publicó dicho poema, cuya génesis está ineludiblemente vinculada al artista plástico Manuel Boix (l'Alcúdia, València, 1942), que lo ilustró con cinco magníficos grabados. Con esta publicación inauguraban Palàcios y Boix una fecunda y dilatada etapa colaborativa plasmada en libros de corto tiraje y escasa —casi nula— presencia en el mercado editorial, libros bellísimos en contenido y continente, aunque tal vez carezca de sentido la distinción. *Acróstico*, *Inventario*, *La serpiente, el río*, *El punto dentro del movimiento*, *El laberinto y nuestras sombras en el muro*, *La línea del mar* o *La línea oscura* son algunos de los títulos resultantes de un trabajo conjunto fascinante, irrepetible, que dieron a conocer en los años ochenta y noventa del siglo pasado un trabajo de orfebrería alejado del comercio editorial y de la literatura

convencional que alcanzó su cénit en la edición de bibliófilo que ambos hicieron, en cuatro admirables tomos, del *Tirant lo Blanc* entre 1978 y 1983.

Con ciertos matices que conviene esclarecer, *Alfabeto Terminal* debería aparecer también en la incompleta lista de libros enumerada previamente. El lector interesado en conocer la anécdota germinal a partir de la que se fraguó el volumen que tiene entre manos, así como las genealogías culturales que lo atraviesan, debería leer con detenimiento la sección final del libro, el «Alfabeto complementario de notas, fuentes, propósitos de destrucción». Más bien de manera diseminada e implícita, el autor relata cómo se impuso el reto de narrar veintiséis historias en veintiséis días, justo el número de letras que tiene el abecedario catalán. La cuenta no puede ser más clara: a una por día. Esta ambiciosa empresa, que requería de un esfuerzo inaplazable, debía ser —y fue— el texto de una monografía dedicada a Manuel Boix, ilustrada por él mismo. Huelga decir que, para mantener en pie la apuesta, Palàcios tuvo que componer a diario una página entera, la extensión fijada para todos y cada uno de los relatos incluidos, una página de dimensiones y caja generosas, marca de la casa. Conseguida la proeza, unos felices pocos pudieron leer el *Alfabeto* primitivo, que, tras dos versiones, se convirtió en el actual *Alfabeto Terminal*. Y digo «actual» a propósito, a sabiendas que, en la literatura de Palàcios, nada es «definitivo». O dicho en otras palabras: todo está concebido para ser «provisional», como una tentativa eterna que no pretende conquistar el horizonte, sino, simplemente, avanzar zigzagueante bajo su influjo.

Así pues, durante veintiséis días llevó al extremo la maquinaria imaginativa. Tuvo que crear, sin tregua, personajes, escenarios, conflictos, tramas, misterios, gestos, voces, miradas... Un magma indómito de criaturas y situaciones en ebullición que tenían que ascender, desde los pozos de su mente, hasta

la superficie de la página en blanco sin apenas tiempo para realizar la descompresión de seguridad. Paradójicamente, se trataba de graduar la urgencia con precisión milimétrica, sin descuidar por ello las interrupciones inesperadas que la inspiración veleidosa le procuraba para tomar anotaciones rápidas, intuitivas, que se perfilaban en el decurso de futuras narraciones. Un proceso de febril creación literaria desarrollado ante la mirada, entre cómplice y asombrada, de Joan Fuster, a quien Palàcios inducía al día siguiente a la lectura de la composición terminada a lo largo de la jornada anterior.

Urdido y destinado a imbricarse con las imágenes de Manuel Boix, a inicios de 1987 vio la luz el primer *Alfabeto*, en una edición de tan solo cien ejemplares, aunque se reimprimió en el mismo año en otra edición no más fácil de conseguir que la anterior, de la que solo difería en pequeños retoques hechos a consciencia para ajustar el texto de cada narración al diseño interior del libro. Fue, sin embargo, el editor Xavier Folch, uno de los valedores más entusiastas de las creaciones de Palàcios, quien publicó en 1989 la segunda versión de *Alfabeto* —con el título matizado de *alfaBeto*— en Empúries, el sello editorial que había fundado pocos años antes. Folch conseguía poner en circulación *alfaBeto* por unos canales de distribución mucho más accesibles al público lector y, también, con un tiraje más generoso, de acuerdo con las expectativas que generó el libro al ser galardonado, en 1990, con el Premio de la Crítica Serra d'Or, uno de los más distinguidos de la literatura catalana concedidos a obra publicada. Este reconocimiento, unido al prestigio editorial creciente de Empúries, resarcían a Palàcios de su marginalidad.

Pero soslayando factores meramente extraliterarios, la publicación de *alfaBeto* implicaba —y he aquí lo importante— un proceso de reescritura considerable sobre la base primigenia de *Alfabeto*, un proceso que no tenía que ver solo

con cuestiones estilísticas —que suele ser la tónica general—, sino también, o sobre todo, semánticas y narrativas, cosa que dificultaba aún más la operación. Así, contrariamente a ciertos mitos injustificados sobre la hipotética lentitud creativa de Palàcios, en poco más de un año incrementó las veintiséis páginas iniciales de *Alfabeto* hasta las más de doscientas de *alfaBeto*. Este es, sin lugar a dudas, uno de sus rasgos distintivos: la reescritura *ad infinitum*. No en vano, el colofón de *alfaBeto*, que reproduzco a continuación, es bien ilustrativo al respecto: «El editor, que quiere tener la última palabra, me dice: “Aunque no tenemos la costumbre de ponerlo, redacta tú también el colofón, para que no queden cabos sueltos ni haya dudas de que el libro ha finalizado”. Lo redacto: “Terminada la segunda versión de *Alfabeto* —*alfaBeto*, pues— en la vigilia del 20 de marzo de 1989, inicio del año 52 de la Era Definitiva, día en el que emprendo la tercera”.»

Nada gratuito contienen los paratextos de Palàcios, que suele utilizarlos como punta de lanza para esgrimir declaraciones programáticas o como pórtico a su intrincado universo. Como en el caso referido anteriormente, el colofón en el que anuncia la preparación de un nuevo *Alfabeto*, que se concretaría veinticinco años después en el *Alfabeto Terminal*. Más sorprendente si cabe es un colofón inédito, escrito *a posteriori* en un ejemplar de trabajo de *alfaBeto* en el que el autor pergeñaba estoicamente las modificaciones introducidas en la tercera (¿y definitiva?) versión, que dice así: «“Redacta el colofón”, me ordena mi Yo divino. “No quiero”, me contesto con ira sublevada. “Sí”. “No”. “¿Pero no te das cuenta, ridículo vanidoso, que todo ha acabado?” “Solo obedezco a la Muerte.”». Estas palabras no son menos reveladoras que las del colofón publicado. En efecto, todo se acaba y, tarde o temprano, llega a su término. Todo es, por tanto, «terminal», también *Alfabeto*, *alfaBeto* e incluso *Alfabeto Terminal*. (Y es que la etimología

es una ciencia, quizá la única, que escupe verdades, y esta no es una excepción. Como tampoco lo es la Muerte.)

A la postre, con *Alfabeto Terminal*, Palàcios no «amplifica» ni «simplifica», sino que «destruye» las versiones anteriores, y también la última, que no es menos provisional. ¿Porque cuál es, en verdad, la versión canónica? ¿Todas? ¿Ninguna? ¿La primera? ¿La última? ¿La de en medio? Y ya puestos, ¿para qué sirven los cánones? No cabe duda de que Palàcios nunca ha simpatizado con los cánones. Los cánones, no recuerdo ahora dónde se lo leí, solo sirven para romperlos. Tanto da, al fin y al cabo, qué versión, pues lo que cuenta es la voluntad de bruñir su sentido, de pulirlo hasta hacerlo desaparecer por completo, no haciéndolo estallar a puñetazos sino dejando que se esfume, que se desvanezca sutilmente entre capas y más capas de sentidos que construyen una compleja red de ramificaciones entrecruzadas. En no pocas ocasiones, suele blandirse sin pudor una máxima de Mies van der Rohe, aquella que afirma que «menos es más». Conviene, en cambio, recordar que «menos también puede ser menos» y «más también puede ser más». Esta última opción y divisa es la que mejor define la literatura de Palàcios, que reescribe por adición y disgregación con la finalidad de generar multiplicidades interpretativas. Esta es, en realidad, su idea de la literatura, en tanto que representación mental surgida de la imaginación. Esto es, también, *Alfabeto Terminal*, la creación de la imagen máxima: la imagen de la destrucción. No es casual, de hecho, que Palàcios publicara, en 2013, la parte más significativa de su obra literaria en un volumen doble titulado *La imagen*, una obra excelsa todavía desconocida y por traducir.

ALFABETO TERMINAL

H&O Editorial

H&O Editorial

SOLO UNA JUSTIFICACIÓN MÁS

¿A. T? A., ...A..., ...B...,T. La danza ha terminado, aunque sin el *paso* que a mí me habría gustado dar, como entreví después del B. ¿Ese baile iba con B de Biblia? A partir de entonces empecé a amontonar notas en los márgenes de un ejemplar impreso y, a continuación, en hojas blancas de tamaños variables. No he llegado al Apocalipsis para cerrar el círculo que abría la primera capitular como la creación de un mundo. Y ya basta de metafísica de mercadillo. Algunos de los ornamentos laterales sí han pasado a este *alfabeTo*, pero poca cosa. Son la tapa del aTaúd: aquí tenéis el despojo despanzurrado. ¿Lo he dicho como es de recibo? ¿Demasiado duramente? ¿Demasiado *retorzudamente*? ¿Demasiado **AMBICIOSAMENTE**? Dudas de estilo, al fin y al cabo, escrúpulos gramaticales, nada más. Pero dadme un sí o un no: una vez escrita con faltas de ortografía, ¿una frase genial deja de serlo? ¿Las hacía ShakS...? Le pertrechaban todas las ventajas su género declamatorio, la facundia escenográfica, el recurso a la mueca, el gesto elocuente del puño y del puñal, el tajamar dominante del proscenio con el *apuntador* escondido estratégicamente en la concha. ¡Mentira! J. P. tiene el apoyo del inagotable rollo de papel del cuarto de baño, ya acreditado por un compañero suyo

del barrio, de la rotura de los espejos, de las versalitas y el punto y coma, de los océanos y sus habitantes ondulantes duplicados por los signos zodiacales y los estallidos martilleantes de la ola. Punto y seguido. Quien no se opone, quien no dice y se contradice, no llega a ningún lado. ¿Es *esto*, preguntas y respuestas, un catecismo? Contestad, sacad la lengua para que os la corte. También hay vírgenes —machos, hembras— de la boca, de los oídos... Y me suena que desde el primer momento ya me parecía a mí mismo en los laberintos en los que me pierdo; y me encuentro: pero solo reflejado, con un ojo hacia fuera y un ojo hacia dentro. Donde eso de «palabras, palabras, palabras» y «silencio, silencio, silencio» tiene la significación pura es en el papel, y no en la voz afectada del actor, que nunca *llega* a la realidad.

HOJA SIN NUMERACIÓN
TRATADA TIPOGRÁFICAMENTE
SEGÚN LA MANERA DE STERNE,
DE LA QUE EMERGEN AL REVÉS
LAS ARISTAS DE UNAS ALEGACIONES
QUE MÁS HABRÍA VALIDO
MANTENER OCULTAS

Empezar un libro afirmando que no ha empezado me parece una forma muy frívola y bastante gratuita de hacer literatura. ¿O de hacer literatura frívola y gratuita? No digo que no sea literatura, sino todo lo contrario: el mismo patrón invocado más arriba, se pasa la mayor parte de su obra prometiendo que va a contarnos la historia de un personaje que ahora dudo de que haga acto de presencia física en su vida. ¿Nos la cuenta de verdad? ¿Qué importancia tiene que vaya vestido de rojo o a cuadros? ¡Hagamos que volteen los adjetivos, asesinemos a los puntos y comas!... ¡Atemos de pies y manos a los críticos! La literatura es precisamente esto: un juego de palabras que suben hasta el infinito. Al menos para mí, que, partiendo de las palabras crecientes, espero llegar a la imagen máxima. ¡Apártate, Dios, que aquí está mi libro! Me parece que no lo había dicho en las versiones anteriores y ahora lo grito abiertamente. Y después del edicto estridente, algunas monsergas. Muchos contemporáneos —sobre todo universitarios— han sacado de la vieja propensión a adornar las cabeceras con aprobaciones, censuras y similares, una excusa para sus exhibiciones eruditas o, lo que es mucho peor, docentes a costa de quien sea. Desde mi punto de vista, toda introducción —toda introducción que no forme cuerpo con el libro— es no solo superflua sino contraproducente: con explicaciones obvias o conclusiones

previas a las que al final solo debe llegar el propio lector, tapa el agujero que la primera página abre bajo sus pies desfigurando el hecho de que es este prometedor anuncio de succión lo único que, en principio, por la pura depravación de ser arrastrado, puede atraerle. No es hasta después de haberme fomentado la mala consciencia de la justificación que me parece que ya puedo pasar a informar sobre el origen de esta «aventura tipográfica», que se encuentra en otra más de las colaboraciones entre el pintor Manuel Boix y el literato Josep Palàcios. Romper el silencio antes de tiempo para dejar constancia de ello resultaba tácticamente inoportuno, pero era necesario, y el velo semitransparente que terminó vistiendo la hoja es una forma ambigua de cubrir y descubrir lo que convenga. Invariablemente titulados ALFABETO / alfabeto, entre el producto inicial y el presente se ha operado un simple desplazamiento gráfico: aquel, Alfabeto, primordial, desnudo, con imágenes; después, alfaBeto, decadente, torturado, bajo la ineludible referencia de su vacío; ahora... Ahora, Alfabeto Terminal. Quiero creer que no se excluyen mutuamente, sino que conforman, cada uno para los demás, una unidad literaria de apertura-cierre o, si lo encontráis demasiado flojo —a lo mejor solo es cosa mía—, de creación-destrucción. Y falso todo lo que he acumulado aquí. Bien que no es verdad —pero ¿qué os importa la verdad, si yo os la cubro?—, esta versión usurpa el título de Alfabeto Terminal y en un cierto sentido lo es. Ya no me sentaré más sobre ella, antes me tumbaré cómodamente encima. Hasta aquí llega, solo hasta aquí, mi sentido del humor.

J. P. · Después, por fin, el corte.

LOS SIGNOS

H&O Editorial

H&O Editorial

A

EL VIEJO, ENJUTO Y OBSTINADO eremita alcanzó la cumbre con un esfuerzo feroz, arrastrándose sobre el vientre. Agarrado al suelo, con el largo y fino pelo cubriéndole el rostro, casi había perdido cualquier semejanza humana, y hasta terrena, como si la aspiración de ausentarse de este mundo hubiera terminado por oponerlo a todo lo que lo poblaba. Dentro del hábito deshilachado apenas se intuía la masa de su cuerpo esquelético. De los harapos de las mangas y de los faldones emergían unas muñecas increíblemente finas y blancas, rayadas con mil pequeñas heridas: las patas rotas de una araña rodeando la cabeza convergente, una medusa marchita en la arena solitaria de la playa. Respiraba a trompicones. Descansó la mejilla sobre el hielo. En la piel apergaminada, en la bizna de los ojos brillaba la fiebre. El rastro de su sangre había manchado oscuramente las aristas de la cresta. Pero, dentro de la sarga áspera y desgastada, la quemazón de las llagas remitía, comparada con la fatiga inconmensurable que ahora se le hacía patente, entera de golpe, después de haber llevado a cabo el largo peregrinaje. Adiestrar la carne en todo tipo de privaciones, hasta la insensibilidad y la desgana, con el tiempo había constituido un ejercicio meticuloso, más de limpieza que de liberación, de pulcritud

aprensiva: si no hubiera tenido al alcance agua para lavarse, lo habría hecho con nieve, rastrillándose con barro o retorciéndose bestialmente el cuello y frotándose con granos de tierra pastados con saliva en la lengua y los labios, se habría abierto el pecho a tajos para enjabonarse con líquidos propios. Ahora era como si la interdicción de seguir lo hubiera vaciado. Ante la incesante proposición del sufrimiento, había sido fácil hacerse a la idea de ilimitar la propia respuesta y llevar la capacidad de resistencia hasta la misma superación del sufrimiento; ante la limitación del mundo físico, con su no más allá, ya no tenía nada que exigirse a sí mismo. Por fin se había presentado el momento tan intensamente temido, cuando entendía que ya no era tanto una cuestión de no poder seguir como de no tener que seguir, que ya nada dependía de él. Aquella era la aguja más alta de la tierra. A su alrededor, en el paisaje inferior, apenas se distinguían, nidos de águila entre berrocales y glaciarres, las ermitas de los que se habían quedado a medio camino o habían equivocado la senda. Los más animosos no osaron enfrentarse a la última ascensión, como había hecho él. Para eso, tuvo que superarse a sí mismo cada vez que una nueva victoria lo había vuelto mejor de lo que había sido antes de alcanzarla. En cualquier momento habría podido ceder a la tentación de instalarse en la mediocridad de la renuncia, quedarse ahí donde otro se habría considerado feliz de llegar. Los más inflamados por la fe se habrían sentido justificados en sus aspiraciones más nobles y esperanzadoras, por haber entrevisto en sueños una sola curva de las que, para él, habían sido simples estaciones en la escalada de una cumbre que ocultaba las cumbres consecutivas, detrás de todas las que se alzaba, solo visible para el corazón, la única que realmente lo era. La cima que se había atribuido era única, no ya por el hecho de ser la más alta, sino porque agotaba a las demás e incluso la idea misma de ascensión. Contra la comodidad de abandonarse en cualquiera

de los descarríos imaginables, después de cada desilusión había acumulado suficiente orgullo como para emprender de nuevo la búsqueda del sendero que llevaba hacia aquella altura, en relación con la cual todo era pequeño y bajo y mezquino. Desde hacía tiempo, se había acostumbrado a progresar con la certeza de que por donde él pasaba nunca se había marcado huella humana alguna. Para demostrarse que era legítimo seguir sin comparaciones, tuvo que aceptar la condición espantosa de negarse a cualquier ayuda que le llegara de otro, y aderezarse sobre el rechazo una norma sin contraste para su experiencia solitaria, porque se había situado en el vértigo de superarlas todas. Cuando se dio cuenta de que otro exploraba sus vestigios, le confundió con laberintos para deshacerse de él; cuando sintió que habría tenido la necesidad de ese otro, lo evitó él mismo, escondiéndose para no tener que soportar sobre su piel el tacto solícito de la compasión, por entero escandalizado de pureza. La soberbia del alma y la castidad del cuerpo eran pasiones intercambiables. Ahora lo daba todo por bien empleado, el completo sacrificio material y la continua vigilia del espíritu, y la vida misma, que se le escapaba a bocanadas, por haber llegado adonde más allá ya no se podía llegar, adonde más allá nadie podría llegar jamás, por mucho que su fantasía se atosigara en ello. «¿Tampoco ahora, Señor, me mostraréis vuestra cara?», gritó a la vastedad del cielo, con las fuerzas que le quedaban. Todo parecía retenido por una luz agrisada, en la dimensión única de la circularidad. Las palabras resonaron entre las montañas; subieron, multiplicadas, como una queja universal. Pero, a pesar de que parecían la angustia de muchos, eran su sola angustia. Las demandas de más abajo se desvanecían contra las raíces de esa cima, donde la suya había empezado a volverse singular. Si se había decidido a subir hasta la cumbre, era porque había comprendido que solo a través del gesto enorme, con un lenguaje que dotara lo humano de una

significación más que humana, emparejándolo con lo divino, se habría ganado el derecho a exponer esa angustia única y suya, sin préstamos de nadie, incluso contra la misma imposibilidad de ser expresada: porque el dios al que invocaba era el seno para acoger la desmesura humana, ese punto de existencia proyectada más allá de donde el hombre, arrastrado por la angustia hasta el extremo de su naturaleza, hijo de sí mismo, librado y aceptado, se identificaría en la representación que había concebido. Cuando el último eco se deshilachó en la lejanía, inversos círculos concéntricos de silencio le atenazaron el alma. Aun cuando se daba cuenta de que ya no podía añadir nada a lo que había dicho, el recelo huraño a que aquel silencio se eternizara a modo de respuesta le obligó a gritar de nuevo. «¡Señor, que muero desesperado!», gimió convulsivamente, revelando al vacío el secreto que nunca había revelado a nadie: que no había sido sino la desesperación lo que le había impulsado siempre hacia arriba y que, a lo largo de su vida, identificada de principio a fin con la ascensión, había convivido con esa idea terrible. La ausencia de respuesta quemaba como la punta de un cristal. No encontró consuelo alguno en el hecho de haber llegado a confesar esa culpa máxima, sino que, seguidamente, cedió a la ira de decirse que, desde el punto más elevado, el mero sentimiento con el que se identificaba era el desprecio. Entonces, bajo la descarga de esa rebeldía pueril discernió que la esperanza que había merecido subiendo se destruía, sin sentido, entre la suma congelación: con el mismo desprecio con el que sentenciaba a los demás, en su impotencia de llevar la desesperación adonde él la había llevado, se sentenciaba a sí mismo por haber tirado de ella hasta el fin, ya que no había ninguna razón por la que, a partir de un momento, la desesperación, trabajada como un arte paciente, educada como un discípulo, tuviera que convertirse en esperanza. Notando que llegaba al fondo del callejón sin salida, quiso dar marcha atrás;

pero, cuando se disponía pusilánimemente a pedir perdón por su debilidad, un rayo de sarcasmo le hizo preguntarse a quién y de qué. A continuación, acortado el intervalo, se replicó que no había consentido a ese pensamiento destructor. Ya inhábil para hacer frente con coherencia a esa macabra danza de palabras, pensó en asentir a la muerte física sin resistencia: la aniquilación definitiva y total era preferible a cualquier instante más de confusión. Cerró los ojos, aguantó la respiración, giró la lengua para tragársela. Sin embargo, cuando ya entraba en la clarividente agonía de la ceguera, un resuello contrapunteó su resuello. Alguien venía. No dudó un segundo de que fuera Él, que habría querido ponerlo a prueba hasta el final para recibirlo liberado de toda pretensión; incluso de la pretensión de salvarse, que es en lo que acaba convirtiéndose toda fe, cuando la verdadera fe tendría que pasar por la prueba de aceptar, por encima de todo, la condenación por sí misma. La recompensa dada a los que se la habían ganado, a los tibios; para aquellos que habían dedicado cada momento a buscar la luz y que, por lo tanto, en cada momento tuvieron que afrontar la noción de vivir en la oscuridad, para ellos un dar la espalda: ese era el orden de las cosas de aquí abajo. Cuando buscaba ser salvado, pues, ¿era que buscaba ser condenado? ¿Jugaba, se divertía con el propio dolor? Un pinchazo en la cutícula del meñique del pie, no distinguió si en el derecho o en el izquierdo, le hizo fruncir la piel de la frente. «Ahora solo me faltaría batir las orejas y sentir un orgasmo», se insultó, con sollozos sarcásticos. Lo sacudió un sentimiento de haber llegado tarde a todo. En ese punto de ambigüedad, justo ahora que Él estaba allí y que el hecho de que Él estuviera allí ya no tenía importancia, quiso reconciliarse ansiosamente con todos los sacrificios que había hecho en aras de la búsqueda excitada por los lugares más altos. «¿Por qué habéis tardado tanto en presentaros, Señor?», le recriminó dulcemente, como un

enamorado, con una voz ridículamente seductora. Ni siquiera inició el gesto de levantar la cabeza. Aunque ya no veía, pensó que tampoco le gustaría que la visión de Él fuera la última en iluminar su muerte oscura. Pero, antes de expirar, aún pudo sentir la respuesta que le daba la faz solo imaginada: «Me ha costado mucho subir hasta ti».

B

YO ERA EL HOMBRE MÁS BELLO, según los cánones que la larga historia del hombre se había dado para la belleza de sí mismo. O mejor todavía: era el hombre perfecto, el resultado insuperable hacia el que se había orientado, durante milenios, un prodigioso proceso de evolución. Era esta una palabra crucial: haber partido desde un punto y pretender haber llegado a otro y, más allá de constatarlo, interpretarlo como una aspiración de absoluto en el sentido de que el último escalón de la realidad física fuera la trascendencia, que el hombre, siempre en duelo consigo mismo, hubiera establecido sobre la existencia las categorías que conducían a un sueño. La especie, la hilera genética que se había dotado de una memoria colectiva, había llegado, en mí, a su cúspide. Mi forma era la forma a la que se había aspirado desde siempre y que solo el arte más puro o más terrible había conseguido expresar, como una iluminación. Si la obra humana hubiera sido un proyecto que la consecución de la plena gracia por parte de uno solo de sus miembros hubiera podido salvar, uno sustituyéndolos propiamente a todos, el hecho de mi existencia habría bastado para salvarla: salvarla o justificarla. Se tiene que leer como lo digo: yo no era una representación ni una invención